

ligencia empezó así á tomar forma en los cielos de la mente.

El poeta dió los colores de su imaginación á las narraciones y formó la epopeya, y sin saberlo acopiaba materiales para la Iliada.

Tales fueron los adelantos promovidos al verificarse en la Ciudad primitiva la asociación política de las tribus. Y Ciudad aquella, incipiente todavía, formada para la defensa, estaba mal forjada sobre las ásperas colinas, encerrada detrás de muros, con angostas retorcidas calles é imperando en ella disposiciones que apenas tortuosamente se encaminaban á un principio de justicia.

Es de suponerse que no todos los seres humanos iban á la par en la senda que pintamos; mas hemos de referirnos al avance general que muestra la historia en las razas típicas, para poder concretar nuestra narración. Hoy día se vé precisamente en ésta nuestra América, cómo tribus numerosas viven aún en el triste estado que corresponde á la época primitiva del cazador, pero detalles son éstos, que demandan otra clase de trabajos, apartados por completo de la forma sintética del nuestro.

IV.

La Ciudad se había hecho: las clases sociales se formaron naturalmente en ella según las aptitudes de cada una, y la que cultivó la inteligencia fué la que se sobrepuso á las demás, porque aun dispuso en lo general también de los elementos de la fuerza á virtud de sus combinaciones. Pero esta supremacía revistió ya un carácter humano, no fué la supremacía del hombre-fiera.

Con arreglo al principio de la división del trabajo, se hizo la división de las clases, y una fué la de los hombres del campo, otra la que formaban los de oficio y seguían en escala ascendente la de los guerreros y la de los sacerdotes, que inspirados se hacían intérpretes de la divinidad, monopolizando con talento y á fuerza de estudio, todos los conocimientos que servían para indicar prácticas que tendiesen al bien común y á asegurar su superioridad.

Tal fué la índole de las primeras asocia-

ciones de que nos habla la historia al referirse á la Indias.

Habían seguido, en tanto, subsistiendo los esclavos y á ellos tocó lo más duro de los trabajos.

La vida, sin embargo, todavía no tenía todos sus elementos concretados en el individuo, y el comunismo tenía que subsistir, por mucho tiempo aún; se necesitaban las fuerzas de todos mientras la personalidad crecía y por sí sola podía hacerse campo en la existencia.

Inconscientemente el hombre se daba cuenta de que ateniéndose en aquella época, á sus propias fuerzas y separándose de la sociedad, tendría que retrogradar á las luchas de los tiempos primitivos para poder subsistir. De todos modos, el pensamiento era ya la fulgurante cúspide de la sociedad.

En la India se realiza la evolución que señalamos; pero los directores de aquel progresivo movimiento, asegurados en el sólio de la autoridad y satisfechos por lo que á ellos toca, no creen necesarios más progresos; se abandonan al descanso, y la inmovilización parece que petrifica aquel pueblo por mucho tiempo; sin embargo, las diversas poblaciones extendidas en su territorio, se comunicaban y bajo una autoridad dirigida por sus sacerdotes, los brahmanes, formaban la nación en que

se extendían ampliando más el espacio para la vida. Pero ya decimos, al faltar el progreso, la rutina se sistemó y parecía faltar al espíritu otros nuevos horizontes en que ejercitar su actividad anhelante.

Tocaba al Egipto y á la Persia proseguir el avance; pero ántes de hablar de ellos digamos unas palabras respecto al destino que seguía la mujer.

Era máxima del brahmanismo, el de que *la mujer nació para servir al marido y barrer la piedra del hogar*. Aquella doctrina recomendaba tomar una mujer de forma armoniosa, considerándola como una máquina más ó menos bella para la generación, aunque había al fin admitídose entónces á la sacerdotiza (bayadera) casada con Dios, y dedicada al culto por medio del arte, en que su espíritu se levantó á otra región superior de la sombría en que viviera.

El Egipto, la Persia, cada uno por sí iban á significar otra etapa de progreso en la humanidad.

El Egipto recogido en valle estrecho, pero pródigo en producción, limitado por Oriente y Poniente con cadenas de montañas que lo separan del desierto, recorrido por el Nilo, cuyas ondas significan la abundancia, y arrullado por los murmullos de esas mismas ondas, que en la estación propicia parece que

cantan á la naturaleza, era el territorio donde sin grandes afanes pudiendo vivir el hombre, podía ante la contemplación de lo que le rodeaba levantar su pensamiento.

El beduino errante, armado de la lanza, retirado en las lejanías del desierto; y el abrador verano que auxiliado con las aguas que quedaban estancadas despues de la creciente del Nilo, producía la enfermedad, eran males llevaderos que no preocupaban hondamente.

En Egipto, el clero tomó como en la India, la primacía: el sacerdote dominaba vestido de su blanca túnica como de un rayo de celeste luz, que lo hacía aparecer cual sér semidivino á los ojos de la multitud, y aun á los del Farahón, que con su consejo gobernaba.

El sacerdote ejipto, espiritualizado por la meditación, ilustrado por el estudio, inició en su pueblo notables adelantos.

Las avenidas del gran Nilo borraban los límites de la propiedad, y por el cálculo, el sacerdote, prolongando la línea que su vara marcaba sobre la tierra, hallaba los linderos, determinaba los ángulos y revivía el mapa destruido en cada nueva estación, evitando así la contienda entre los poseedores vecinos.

Se iniciaba en la geometría de tal manera, y empeñado en el conocimiento de aquella

ciencia, mirando después al cielo y observando á las estrellas, mide el tiempo en que efectúan un movimiento dado y forma el calendario, dando por medio de figuras, señales de división en la eternidad, que antes confusamente se mecía ante la mente humana. Al hablarse del pasado se podían señalar con precisión las épocas, y al referirse al porvenir anunciar las estaciones y la próxima presencia de algun astro.

Después de haber el sacerdote aplicado la geometría al campo y al tiempo, lo hizo á la piedra, y surgió la arquitectura informe como un esbozo y grandiosa como las montañas que cerraban los horizontes egipcios. Las pirámides se levantaron en larga serie á semejanza de aquellas montañas, y en su interior fueron formados los templos, donde el geroglífico gravado sobre piedra, hablaba misteriosamente de la divinidad.

El canto, la pintura se cultivaron desde entonces, sin salir de una forma rígida, que debía muy después dilatarse en medias tintas y en tonos infinitos.

Persia, en tanto, con sus tribus repartidas, audaces, activas, sobre un país cortado, preparaba las relaciones de apartados pueblos por medio de sus expediciones arriesgadas; y al servicio de la India y del mismo Egipto,

atraviesa el arenoso desierto y se comunica con la extrema parte occidental del Asia, tocando las playas del Mediterráneo.

El camello, sobrio en el comer y en el beber, duro como una montaña, resistente en la fatiga, fué el vehículo de que el persa se valió para lanzarse de uno á otro lado del desierto. El caballo solamente le servía de auxiliar en semejante expedición.

La caravana partía sobre aquellos animales, con que el hombre aumentaba los de su servicio, y llevaba y á su regreso traía consigo objetos con que extendía el comercio.

El pueblo persa fué el oleaje en que la riqueza de la India y el Egipto por una parte, y la de la Siria y la Fenicia por la otra, hacía el flujo y reflujo de sus productos; así se multiplicaban las fuerzas poseyendo unos y otros aquello que les faltaba á cambio de sus excedencias; y luego surgía la combinación de los nuevos productos y se enriquecían las industrias.

Más este comercio tan productivo no sólo exigía la fatiga de penosos viajes, sino á veces hasta el sacrificio de la vida, arrebatada por los trombas de arena que en el desierto surgían arrollando la caravana, la cual envuelta en polvo ardiente caía con sus camellos fieles, quedando sepultada bajo el aluvión.

que nuevo viento levantaría para dejar descubierto un campo sembrado de hosamentas, que otra caravana cuidaba entre asombrada y respetuosa de no hollar.

El descanso de esas tribus viajeras, guerreras y mercantes, era el Oasis, donde el agua y la verdura en medio del mar de arena por donde transitaban, las invitaba á detenerse.

El más grande de aquellos Oasis llegó á ser la mansión obligada de todos los viajeros, y luego fué el lugar de cita para el encuentro y el cambio de las mercancías.

Algunas tribus, seducidas por el lugar y las comodidades que ofrecía, se establecieron allí, y parece entónces que como por encantó brotó Babilonia. Esta ciudad fué la primera estrella del desierto, otras aparecieron después, y todas nutridas por el comercio, eran las obligadas estaciones por donde pasaba.

De la una á la otra parte del mundo asiático y de la Africa conocida, Babilonia fué el centro, y siglo tras siglo siguió alimentándose con el movimiento comercial de remotas naciones. Allí se cambiaban las mercancías como hemos dicho, y los conocimientos, y hasta la sangre, pues las razas con amor se cruzaron y las civilizaciones mezclándose se armonizaban.

Sólo el milagro del progreso pudo fun-